EL SEMBRADOR

Abril 1954 | Seminario Conciliar — Barcelona | Núm. 166

DE LOS LABIOS DE LOS NIÑOS

EL Domingo de Ramos nos recuerda la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén unos días antes de ser entregado para que le crucificarán.

Y, aunque esta fiesta dice relación a todos, yo no quiero pasar por alto lo que se refiere a los niños, para que nunca lo olvidéis vosotros.

Entre la turba de los que aclamaban a Cristo en la ciudad santa, había muchos niños que, con sus voces argentinas gritaban más que nadie y se hacían oir de todos repitiendo: «Hosanna al hijo de David. Bendito el que viene en nombre del Señor».

Y tanto debieron levantar la voz, que los enemigos del Señor, enfadados se dirigieron a Cristo y le dijeron: «¿No oyes lo que dicen éstos?». Vaya que si lo oigo, respondió el buen Maestro Pero vosotros que tanto sabéis ¿no recordáis haber leído en la Sagrada Escritura «de los labios de los niños sacaste alabanza perfecta? Si éstos cayeran hoy, os digo de verdad que hasta las piedras darían testimonio de mí».

Y toda la chiquillería, animada con la respuesta de Cristo, siguió cantando «Hosanna».

Cantadle también vosotros en nuestros días y reconocedle por Rey, haciendo de vuestras palabras y de vuestras obras un himno de amor a Cristo.

JUDAS

«Mejor le fuera no haber nacido». Así dijo de él Cristo. Porque cometió la mayor villanía.

Era ladrón, embustero, hipócrita: todo lo que queráis. Pero a su maldad añadió la nota más negra que puede darse: la traición. Y la traición para con Jesús que tanto le amó, de quien sólo podía contar bondades y delicadezas.

Judas es el prototipo de la ingratitud. Y de todo lo malo. A veces los hombres imitan la conducta de Judas. Cuando por cosas del mundo reniegan de Cristo; y anteponen el dinero, o el placer, o las honras a la posesión de Cristo por la gracia.

Niño querido, no imites tú nunca a Judas. No vendas como él a Cristo cometiendo un pecado.

ELLAS NO LE CONDENARON

Aunque es cierto que, en el gran drama de la pasión de Cristo que nos cuenta el Santo Evangelio, también las mujeres tuvieron

parte activa, como se puede deducir por el relato de la negación de San Pedro y por otros pasajes, no es menos verdad que fueron casi las únicas o por lo menos las que más se distinguieron por su fidelidad a Cristo

La primera que quiso librarle de la muerte fué la mujer de Pilatos, el juez cobarde que le condenó. Cuando estaba juzgando a Jesús, le mandó a decir: «No te metas con ese justo pues he padecido mucho hoy en sueños por causa de El. El recado de su esposa lo desatendió Pilatos, pero ahí queda la intervención de Claudia Procla como prueba de que ella reconocía la inocencia de Cristo y se compadecía de El

Camino del Calvario, nos dice la tradición que una mujer valiente, pasando impertérrita por medio de la gente que seguía al Nazareno cargado con la cruz, se acercó a El y le enjugó el rostro sudoroso y lleno de sangre con un lienzo. Era la Verónica que se acercó a Jesús cuando los demás le abandonaban y confesó de esa forma su fe en El

«Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos... porque si esto se hace en el leño verde, ¿en el seco qué se hará?». Así correspondió Jesús a la compasión de un grupo de mujeres que, lamentándose y llorando, le seguían hacia el Gólgota

Donde le crucificaron, nos dice San Mateo, «había muchas mujeres que de lejos le miraban... entre ellas María Magdalena y María, la madre de Santiago y José, y la madre de los hijos de Zebedeo». Cuando nadie quería saber nada de Jesús, allí estaban ellas para consolarle con su presencia y para sufrir con El y decirle que le amaban

De intento he dejado para el final la presencia de su Madre, la Virgen Santísima, Reina de los mártires. Ella le siguió, cuando caminaba con la cruz y le acompañó en la crucifixión y en el tiempo de su agonía, para sufrir en su corazón y en su alma todos los tormentos que Jesús padecía en sus miembros santísimos

Ellas no le condenaron... Mira: a las niñas os ha dado Dios un corazón tierno y compasivo. No dejéis que sea juguete de pasiones humanas. Como las santas mujeres que en la pa-

sión se apiadaron de Cristo, haced uso de su ternura y compasión para hacer el bien y amar sólo a Dios

Nuestra alma no produce fruto alguno, si no es rociada con la lluvia de la gracia del Espíritu Santo.—(S. BUENAVENTURA)

Santo Dominguito del Val

Seguramente, queridos lectores del «Sembrador», estais a estas fechas llenos de ilusión pensando en la Semana Santa, ya cercana. Y no sólo por las vacaciones que os trae, ni por la bullanga que vais a meter los días de «tinieblas» con matracas y carracas, sino porque de seguro estais pensando escuchar esos hermosos sermones en que tan al vivo os describirán la pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Quizá estos os hagan llorar tanto como llorábais cuando, teniéndoos vuestra madre en sus rodillas, os contaba esta conmovedora historia.

Yo os voy a contar hoy una que tiene mucho parecido con la del Señor. Se trata de un niño de unos diez años, como casi todos vosotros. Es monaguillo de la Seo de Zaragoza y se llama Domingo. Es espigadito, simpático y bueno como pocos. La gente al verle pasar todos los días camino de la Seo se queda prendada de su compostura y su donaire. De seguro que habrá pocos monaguillos que lleven la sotana con tanto garbo como la llevaba Dominguín. En la Catedral ayudaba en los Divinos Oficios y era, además, cantor. Y después de cumplir allí sus obligaciones volvía siempre, ya tarde junto a su familia.

Más no todos le miran con simpatía. Para llegar a su casa tiene Dominguín que pasar junto a la Sinagoga de los Judíos... Y estos sienten hacia él no se qué clase de odio, porque sin duda les recuerda a aquel Jesús que sus padres crucificaron... Una tarde, casi ya de noche, alguien se pone al acecho esperando que venga Dominguito, de la Catedral. Al aparecer éste, le llama con voz de fingida amistad. Domingo, algo sobresaltado, se pára para ver de donde proviene la voz, cuando, sin saber cómo, su garganta es amordazada, y de un fuerte empellón es lanzado puertas adentro de la Sinagoga. El griterío con que su presencia es recibida en el interior es infernal. No parece sino aquel que barbotaban los que crucificaron a Jesucristo: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! Y en efecto, alguien concibe la satánica idea de desarrollar en aquel niño inocente, que no tiene otro delito que el de ser cristiano y el de no querer renegar de su Señor, toda la Pasión de Jesús. Es la noche del viernes, Los miembros delicados del niño tiemblan ante la brutalidad de los azotes y el dolor insoportable de las espinas. Pero se mantiene firme hasta el último momento. Este vendrá cuando desgarrándose sus manos y sus pies por los clavos que le tienen fijo en la pared, pueda decir al Señor con su voz ya casi apagada: «Me escogiste para acólito aquí en la tierra, y dentro de poco voy a seguir desempeñando este honroso oficio junto a Tí en el Cielo». Mientras sus atormentados despojos eran cuidadosamente ocultados por los sayones para que nadie pudiera enterarse de su maldad, el alma de Dominguito volaba al Cielo, y el Señor se dignaba enviar una estrella para que señalase a los cristianos, junto al Ebro, dónde se encontraban las reliquias de un mártir.

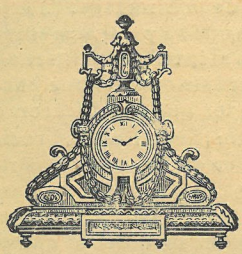
LOS MONUMENTOS

El Jueves Santo, Jesucristo consagró por primera vez y convirtió el pan y el vino en su cuerpo y sangre santísima, para poder ser nuestro alimento en la Sagrada Comunión.

Aunque en la Semana Santa todo nos habla de la pasión de Cristo, la Iglesia parece como dejar a un lado esa idea el Jueves Santo y quiere que agradezcamos a Dios la institución de la Eucaristía. Y por eso en nuestros templos se preparan los que llamamos monumentos y se coloca en ellos una Hostia Consagrada para que todos los fieles rindan tributo de adoración y amor a Jesús Sacramentado.

Cuando visites los monumentos el día de Jueves Santo, no te olvides de dar gracias a Jesús que por amor a tí se quedó en la Eucaristía.

PAGINA AMENA



Reloj notable

En la catedral de Beauvais, en Francia, existe un reloj grandioso.

Tiene cincuenta y dos cuadrantes que señalan las horas, el día, la semana, el mes, la salida y puesta del sol, las fases de la luna, las mareas, las horas de las principales ciudades del mundo.

Se compone de 92.000 piezas. Una pesa de cincuenta gramos pone en movimiento todo la maquinaria.

Cuando tocan las horas se ve una escena del juicio final. Dios aparece y juzga a un alma impenitente la cual es precipitada al abismo por un horrible demonio. Luego preséntase un alma justa, que es llevada al cielo triunfalmente por los ángeles, mientras se oye al propio tiempo una dulce armonía.

Un borracho que va haciendo eses tropieza con un caballero.

—¿Está usted ciego, buen hombre? —le dice.

—No señor; es que veo doble y por eso...

—¿Qué?

—Por eso quería pasar entre ustedes dos.

El padre está haciendo cuenta de lo que ha gastado su hijo durante el curso y exclama:

—¡Nunca creí que los estudios costaran tan caros!

Y el niño, que tuvo que «dejar dos para septiembre», le contesta:

—Pues dé usted muchas gracias a que soy de los que menos han estudiado en el colegio!

¡Ay!, tengo los pies llenos de ojos de gallos y no puedo andar.

—Pues está usted de enhorabuena, amigo, porque aquí hay que andar con mucho ojo.

—Deme usted una cuerda para la guitarra.

—Está usted confundido. Este establecimiento es una perfumería.

—Dispense. ¡Como ví que ponía en el escaparate «objetos para tocador»!

Cuenta Chistosa

En un pueblo de Andalucía un pintor que había hecho algunos reparos en unos cuadros de la iglesia, presentó al Sr. Cura la siguiente cuenta:

Por corregir las tablas de la ley..	25,00
Por poner cola nueva al gallo de San Pedro ..	16,00
Por sujetar al mal ladrón..	9,00
Por lavar a la criada de Caifás y pintarle la cara.....	10,00
Por renovar el cielo, poner dos estrellas y limpiar la luna	80,00
Total....	140,00

Aventuras de "Tiburcio y Cogollo"

Por César Trapiello

52-Impaciente y curioso se levantó, asomándose a la ventana... ¡Oh! el fingido ermitaño huía con los caballos a la luz de la luna.

53-Avisó al momento a Tiburcio y escaparon, después de incendiar la choza, como víctima propiciatoria en aras de su indignación.

54-El fulgor del incendio, divisado desde el peñón puso fuera de sí a los bandidos que, libertados por el fingido ermitaño, se lanzaron de nuevo en su persecución.